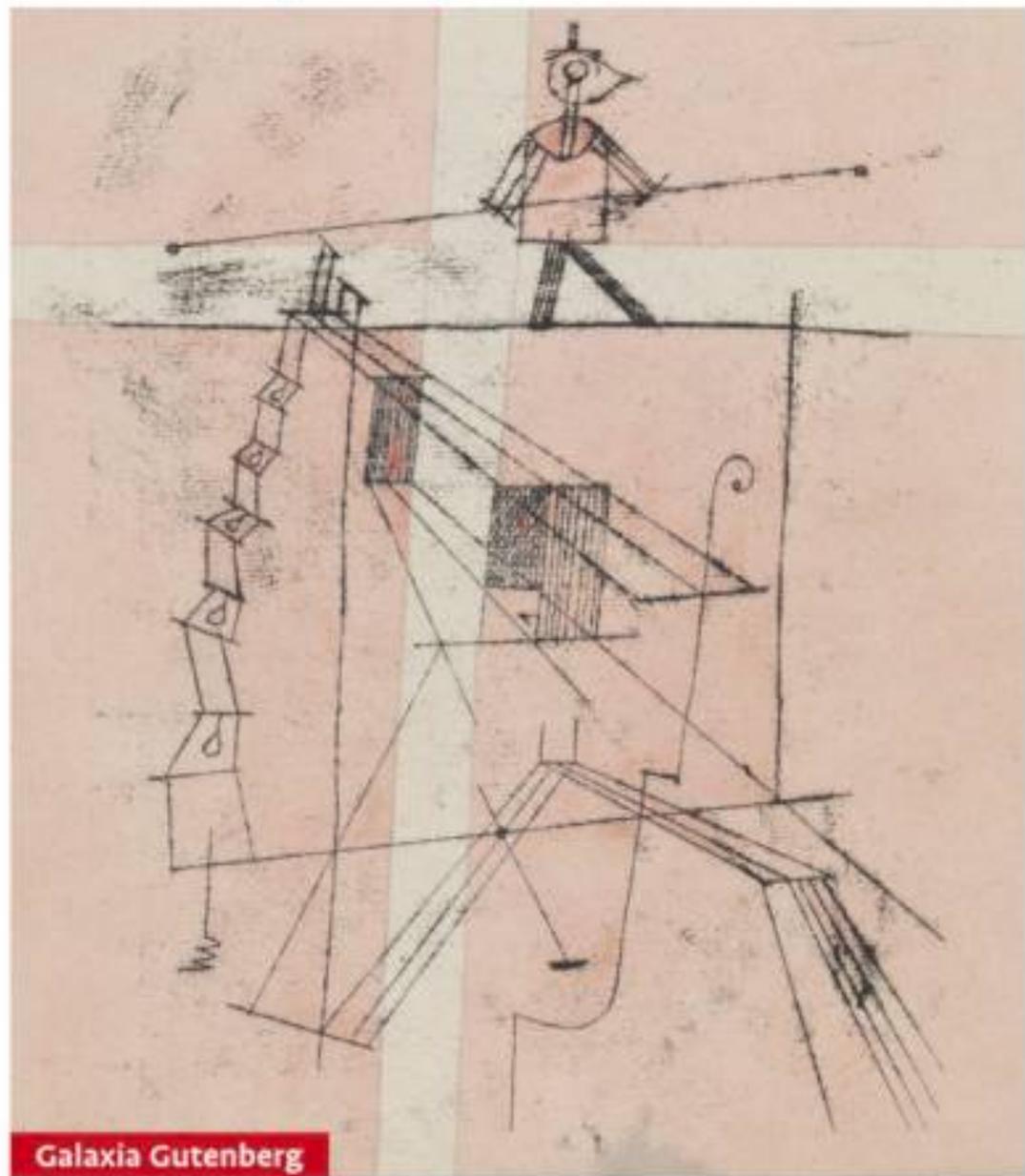


Pablo d'Ors

El estupor y la maravilla



© o. c.

Pablo d'Ors

(Madrid, 1963) es sacerdote, escritor y fundador de la red de meditadores Amigos del desierto, así como de Tabor, un proyecto de monacato secular. Su obra literaria, agrupada en trilogías y en proceso de reedición por parte de Galaxia Gutenberg, ha sido traducida al italiano, alemán, portugués, inglés, francés, polaco y catalán. Ha publicado once títulos: una colección de relatos, dos ensayos y ocho novelas. Su aclamada *Biografía del silencio* ha superado los 150.000 ejemplares, convirtiéndose en un auténtico hito del ensayo contemporáneo. Su última novela, *Entusiasmo*, ha consolidado su trayectoria en el panorama de las narrativas hispánicas. *El estupor y la maravilla*, editado originalmente en el 2007, es su novela más contemplativa. En la actualidad, Pablo d'Ors, dedicado exclusivamente al ministerio del silencio y de la palabra, imparte por todo el mundo conferencias y retiros de meditación.

Fascinado por la idea de custodiar obras de arte, Alois Vogel trabaja como vigilante del Museo de los Expresionistas de Coblenza, su ciudad natal. Tras veinticinco años como empleado en esta institución, comienza a escribir sus memorias, en las que da cuenta de una vida anodina e insignificante en apariencia, pero de una intensidad realmente asombrosa.

Maniático hasta extremos grotescos, pero también tierno y enamorado, Vogel nos narra, como lo haría un niño que ve el mundo por primera vez, las historias que inventa sobre los visitantes que entran en su sala; su atormentada o amistosa relación con sus compañeros; sus sensaciones y sentimientos ante los grandes maestros del expresionismo alemán; su afición a la cerveza y a la soledad, entendida como campo de experimentación... Todas sus reflexiones, tan absurdas como aplastantes, así como sus reacciones, reveladoras siempre de una timidez estructural, hacen de él un tipo tan solitario, extravagante y marginal, como misteriosamente entrañable y familiar. Sus infinitos coloquios imaginarios y sus prácticas de silenciamiento le van haciendo descubrir el extraordinario mundo de lo pequeño.

El estupor y la maravilla es una epopeya de lo diminuto, un relato sobre el entrenamiento del poder de observación –llevado hasta sus límites–, una épica, tan doméstica como heroica, de los extremos a los que puede conducir el aislamiento y la ilusión.

Con su ya característica prosa límpida, Pablo d'Ors nos ofrece aquí una inolvidable historia de tintes centroeuropeos sobre la búsqueda de la plenitud en lo sencillo. Un viaje al laberinto de la mente humana. Un camino, tan modesto como elocuente, hacia la iluminación.

PABLO d'ORS

El estupor y la maravilla

Memorias de un vigilante de museo

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: octubre 2018

© Pablo d'Ors, 2018
© del epílogo: Alonso Varo Varo, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018
Imagen de portada: Der Seiltänzer, Paul Klee, 1923, 121.
Dibujo transferido al óleo, lápiz y acuarela
sobre papel y cartulina, 48,7 × 32,2 cm
© Privatbesitz Schweiz, Depositum im Zentrum Paul Klee, Berna

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17355-84-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Elmar Salmann, mi maestro.

Nada hay tan sorprendente como lo trivial,
lo de todos los días.
Lo sorprendente
está siempre al alcance de la mano.

EUGÈNE IONESCO

No me canso de repetirte que estoy maravillado,
maravillado, maravillado de todo cuanto veo.
A veces me sobreviene una clarividencia terrible.

VAN GOGH

–¿Qué es lo que vienes buscando?
–La iluminación.
–Tienes el tesoro en tu propia casa.
¿Qué necesidad hay de salir fuera a buscarlo?
–¿Y dónde está exactamente ese tesoro?
–Lo que estás preguntándome, eso es el tesoro.

Cuento zen

Dramatis personae

Alois Vogel
Gabriele Münter, su esposa
Paul Johannes Münter, difunto
El pequeño señor Kriegemann, vigilante de vigilantes
Doctor Konrad Hohner, director invisible
El hombre de nariz aguileña, su secretario
Herta Loeffler, la *guardarropa*
Maria, la dama de las columnas
La francesita
Eva Kollwitz, tabernera
Moritz, patrón de la Franziskaner
Ingeniero Rihs, propietario de un negocio de colorantes
Un copista de barba recortada y manos de mujer
Niño Andrei, hijo de Von Jawlensky
El Salchichas, vendedor ambulante
Herbert Lehman, comerciante y mago

Secundarios: Erich Lehman, cerrajero y cantante; Alphonsine, novia; Padre de Alois; Madre de Alois; El tío Siegfried; El portero; Un guardia jurado; Carola Hackert, recepcionista; Señor Rosegger, bibliotecario; El guía Kranz; Käthe Olbracht; Robert Hahn, enamorado; Gretel Kalbe, enamorada; Ángel fugaz; Ángel falso; Dos turistas; Una maestra que susurra; Un grupo de escolares; Niño perdido; Marianne, amada; Un carterista; Señora a quien roban; Joven descarrado; Tipo que utiliza adjetivos grandilocuentes; Su interlocutor; Una visitante que se parece a Bessie Bruce; Un caballe-

ro que se parece a Joseph de Montesquiou-Fezensac; Un visitante que se parece a Karl Kraus, entre otros.

Y los vigilantes del museo: Agathe Epstein, vigilante constipada; Hugo Maxglan, vigilante-soldado; Helmut Henn, cabecilla; Felix Sternheim, jubilado; Arnheim Klappsch, bailarín; Amadeus Schallmoos, desequilibrado; Matthias Monch, confidente; Wilfred Sinclair, joven; Luiz Klabund, el zapato-nes; Schwarzach, gordo; Friedrich Nagel, malvado; Irmgard Kulke, solitario; Diederich Bruckner; Laukesch; Gregor Buchen; Albert Liebknecht; Lorenz Flachgan; Bartholomeus Asch y Franz Rach, vigilante inclinado.

Entrada

1

Dicen que la tarea que desempeño desde hace veinticinco años –ser vigilante en un museo– es completamente inútil; yo no lo creo, no al menos completamente, y ello porque casi todo en este mundo necesita ser vigilado, al menos en ocasiones. No me refiero sólo a los presos en la cárcel, a los enfermos en el hospital o a los locos en los manicomios (gentes, todas ellas, que han de ser vigiladas), sino también a las fieras en el zoológico –que de alguna manera son vigiladas–; a los niños en la escuela –a los que se suele brindar más vigilancia que educación–; y, por supuesto, a los trabajadores de cualquier empresa –a quienes no es infrecuente encontrar holgazaneando cuando no se los vigila–. Pienso también en los adolescentes que frecuentan los parques de atracciones, donde cometen sus fechorías, se los vigile o no. Y en los lectores de las bibliotecas públicas, que tienden a apropiarse de los libros del Estado, sobre todo cuando piensan que nadie los vigila. O, en fin, en los lactantes en sus cunas, a quienes si no se vigila sin descanso pueden dar los disgustos más terribles. El revisor del tren controla a los viajeros de su tren, así como el conductor del autobús a los usuarios de su autobús; las azafatas de vuelo vigilan a sus pasajeros de vuelo; los padres a sus hijos; el veterinario a sus animales; el enfermero a sus pacientes; el esposo a la esposa y ésta a aquél, y así sucesivamente en un juego de vigilantes y vigilados que parece no tener fin.

En el ser humano hay una tendencia innata –yo diría que es innata– a vigilar, pero no es lo mismo vigilar niños que pasajeros o visitantes de museo, por sólo poner algunos ejemplos. De cuanto necesita vigilancia en este mundo, así como de toda circunstancia que pueda atravesar el hombre susceptible de ser vigilada (la infancia, el viaje, la visita cultural...), la que prefiero es la de visitante de museos, una situación con características muy particulares.

En efecto, el visitante de museos es, por lo general, alguien a quien no le interesan los museos, alguien a quien apenas le interesa el arte. De todos es sabido que a los museos no se va a disfrutar, sino a decir que se ha ido. Es más: la visita al museo constituye, por principio, una verdadera experiencia funeraria. No puede ser de otra forma, dado que, en cierto sentido, todo museo es un cementerio de la cultura. Así las cosas, los vigilantes somos como los enterradores, y los guías de museo como los predicadores y charlatanes de las exequias. Por eso, la actitud de los visitantes de cualquier museo no es muy diferente de la de los visitantes de los cementerios. Antes bien, resulta idéntica: van de un lado a otro, compungidos y desorientados, y luego se marchan para no regresar durante años. El desasosiego que producen los museos es similar al que provocan los cementerios cuando los familiares del difunto dejan flores sobre la tumba tras el sepelio. Hay que reconocerlo: a la gente no le apetece ir al museo; ir al museo no es un plan agradable para una mañana de fin de semana. Los que todavía hoy acuden a los museos son gente extraña: raros, inadaptados, solitarios, enfermos... Pero a mí siempre me ha interesado la gente así; yo mismo soy un inadaptado y un solitario y un enfermo. Soy indefectiblemente uno de ellos; cualquiera que me conozca, y aun sin conocerme, puede testificarlo.

Si la cultura occidental está a punto de morir, yo quiero estar en el lugar de su fallecimiento: el museo. Porque en el museo es donde la gente aprende a despreciar la cultura –

eso es un hecho—, incluso a odiarla o, al menos, a ser indiferente ante ella, al comprender de inmediato que se trata de un sitio exótico e irrelevante.

En realidad, la gente más interesada en arte es, con frecuencia, la que menos visita los museos. Según he observado a lo largo de estos últimos veinticinco años, ocupado en vigilar algunas salas del Museo de los Expresionistas de mi ciudad natal, el visitante habitual no dedica la mayor parte del tiempo de su visita a contemplar las obras de arte, sino a observar al resto de los visitantes. El visitante común suele fijarse a menudo en sus propios zapatos, así como en los ajenos y, por supuesto, en las uñas de sus manos, que apostaría que se observan cuando se visita un museo mucho más que en cualquier otra posible circunstancia. Si un hombre pasa a diario de uno a dos minutos mirando sus uñas —establezcamos este promedio—, ese mismo hombre duplicará y hasta triplicará esa marca el día en que visita un museo, en que llegará a invertir cuatro y hasta cinco minutos para mirarse esas mismas uñas. Pero junto a las uñas y a los zapatos, propios y ajenos, el visitante esporádico también dedica un tiempo no desdeñable a mirar los focos o el techo, o los estores, o las baldosas, o los bancos —en los que tanto le gustaría sentarse, si estuvieran libres—, o, en fin, el regulador de la temperatura, que es, sin duda, junto al extintor de incendios, uno de los objetos más observados.

El tiempo que se dedica a leer lo que está escrito en la cartela del cuadro es superior que el dedicado a la contemplación del cuadro mismo. Por alguna razón, mucho más que la pintura en sí, lo que realmente interesa a la mayoría de los visitantes es saber quién y cuándo la pintó e informarse sobre sus dimensiones exactas, así como otros pormenores del lienzo: materiales utilizados, museo de procedencia, año de adquisición... El visitante común quiere saberlo todo del cuadro que va a mirar, pero luego no quiere mirarlo, ésa es la verdad.

Sí, el mundo está hecho de vigilantes y vigilados y todos somos alguna vez –muchas, por lo general– vigilantes y vigilados. Yo me he pasado la vida vigilando obras de arte para que nadie las robase o dañara, así como vigilando a los visitantes del museo para que no dañasen o robaran esas obras que se me encomendaba vigilar. Sin embargo, también yo mismo he sido vigilado (y no sólo por el pequeño señor Kriegemann, que daba sus paseítos a lo largo y ancho del museo para controlar a sus compañeros y, por tanto, también a mí). Junto al judío Kriegemann –a quien, por la estrecha vigilancia a que me ha sometido durante años, no podré por menos de referirme en estas páginas–, he sido vigilado por mi propia esposa, que abre todas las mañanas mi cartera para comprobar que no me olvido el almuerzo; y que también me vigila cada noche, cuando duermo, para comprobar que todavía no me he muerto.

2

Durante sus últimos diez años de vida, el difunto esposo de Gabriele, el llamado vigilante Münter, le insistió cada día a su mujer –ahora la mía– que su fallecimiento sería inminente. No era de extrañar, pues, desde su jubilación, el tal Münter había pasado largos meses interno en un hospital. Resultaba milagroso (eso decía él, o eso dice ella que decía él) que aún siguiese viviendo, vigilado como estaba día y noche por una cuadrilla de enfermeras. Ante estos continuos avisos sobre la inminencia de su muerte –fruto del pánico de Paul Münter a que ese instante ocurriera no estando él consciente y, por ende, poco preparado para el trance–, no puede sorprender que Gabriele pensara que Paul pudiese morirse verdaderamente en el momento más inoportuno. Por esta razón, mi Gabriele tomó la costumbre de

acercarse cada noche hasta su Paul, cuando pensaba que dormía, para comprobar si todavía no había expirado.

Como Gabriele había supuesto, y como su esposo enfermo casi había deseado, Paul Johannes Münter murió mientras dormía en su cama de barrotes metálicos. De pronto, sin darle tiempo a prepararse para el trance (él lo llamaba así: trance), aquel que fuera antes de mí el vigilante de la Sala Klee se revolvió entre las sábanas en una leve convulsión, casi imperceptible, y expiró. Quien a partir de ese instante sería la viuda Münter oyó con toda nitidez lo que sería el último suspiro de Paul. A pesar de su íntimo convencimiento de que ése había sido precisamente el llamado último suspiro, mi Gabriele, entonces aún la suya, aproximó su rostro al de Paul Johannes para verificar su muerte, como había hecho, noche tras noche, durante los últimos diez años. Según me relataría un año después de estar juntos, a Gabriele le sorprendió que habiendo estado vivo su marido todos los anocheceres a lo largo de los diez años en que ella comprobó si vivía o no, estuviera, en cambio, muerto la noche de su fallecimiento, tan temido como anunciado.

La arraigada costumbre de aproximar su rostro al de Paul, para verificar si había expirado o no, no pudo erradicarla Gabriele conmigo, pese a ser yo nueve años menor que ella y no estar delicado de salud. Pero de las torturas voluntarias es de lo que más difícilmente prescindimos, así que Gabriele continuó tratándome, al menos en este punto, como si yo fuera «su Paul» (ella lo llamaba así: «mi Paul», decía) y no «su Alois» (también al referirse a mí utilizaba el pronombre posesivo). Algo que se ha repetido día tras día durante diez años no puede eliminarse sin más, argüí cuando al final hablamos del asunto. Pero aquella conversación no se produjo en el instante en que me percaté de todo esto, sino tras largos meses de convivencia.

Por temor a que esta costumbre suya me enojase, o a que yo quisiera erradicarla por considerarla enfermiza o